

XI

Allá a las seis de la tarde se realizó un brusco despertar. Un estrépito de abrir y cerrar puertas, en medio de grandes carcajadas, conmovió toda la casa, y Deseada apareció, con los cabellos en desorden, y con los brazos siempre desnudos hasta el codo, gritando:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Después, cuando distinguió a su hermano en el jardín, corrió a él, y se sentó en el suelo un instante a sus pies, suplicándole:

—¡Ven a ver a los animalejos!... Todavía no los has visto, ¿eh, que no? ¡Si supieses lo bonitos que están ahora!

El padre se hizo mucho de rogar. El corral le espantaba un poquitín; mas viendo las lágrimas en los ojos de Deseada, no pudo por menos de ceder. Entonces ella se le echó al cuello, con la repentina alegría del perrillo, riendo a más y mejor, sin secarse siquiera las mejillas.

—¡Ah, cuán bueno eres!—balbuceó arrastrándole.—Verás las gallinas, los conejos, los palomos y mis patos, que tienen agua fresca, y mi cabra, cuyo sotechado está ahora tan limpio como mi habitación... Ya sabes que también tengo tres ocas y dos pavas. Ven pronto y lo verás todo.

Deseada contaba a la sazón veintidós años. Desarrollada en el campo, en casa de su nodriza, cam-

pesina de Saint-Eutrope, había crecido en pleno muladar. Con el cerebro vacío, sin pensamientos serios de ninguna clase, aprovechábase de la pingüe tierra, del aire libre del campo, nutriendo su carne, convirtiéndose en una hermosa bestia, fresca, blanca, de rosada sangre y de firme cutis. Era como una borriquilla de raza que hubiese tenido el don de reir. Aunque chapoteando desde por la mañana hasta la noche, conservaba las flexibles líneas de sus caderas, el refinamiento burgués de su cuerpo de virgen; tanto y tan bien, que resultaba un ser a parte, ni señorita, ni labriega, una joven nutrida de la tierra, con amplitud de hombros y con frente ceñida de joven diosa.

Seguramente, su pobreza de espíritu fué lo que la aproximó a los animales. No se hallaba a sus anchas sino en su compañía, mejor entendía su lenguaje que el de las personas y cuidaba de ellos con ternura maternal. A falta de un raciocinio constante, hallábase dotada de instinto tal que la ponía al nivel de ellos. Al primer grito que lanzaban, sabía en dónde estaba el mal. Inventaba golosinas sobre las cuales caían glotonamente. Con sólo un gesto poníalos en paz con sus peleas, con sólo una mirada conocía si sus caracteres eran buenos o malos, contaba interesantes historias, con detalles tan abundantes, tan preciosos, sobre el modo de ser del menor pollito, que dejaba con la boca abierta a las personas, para las cuales un diminuto pollo en modo alguno llega a diferenciarse de otro. Su corral había así convertido en toda una comarca, en la cual reinaba como soberana absoluta; un país de complicadísima organización, turbado por revoluciones, poblado de los más diferentes seres, cuyos anales tan sólo por ella eran conocidos. Esta certidumbre iba tan allá que olfateaba los huevos de una empolladura y anunciaba de antemano el número de crías de una ventregada de conejos.

A los dieciséis años, al llegar a la pubertad, Deseada no había sentido ni los vértigos ni las náu-

seas de otras muchachas. Tomó, sí, un continente de mujer hecha y derecha, gozó de mejor salud e hizo estallar sus ropas bajo el espléndido florecimiento de sus carnes. Desde entonces tuvo aquel redondo talle que se cimbreaba libremente, aquellos miembros sólidamente asentados de estatua antigua, todo el empuje de animal vigoroso. Podría decirse que estaba unida al mantillo de su corral, que absorbía su savia por sus robustas piernas, blancas y sólidas como jóvenes árboles. Y, en aquella plenitud, ni un sólo deseo carnal apareció en ella. Encontraba satisfacción constante al sentir en torno suyo una multiplicación de seres vivientes. De los montones de mantillo de los animales apareados, se desprendían oleadas de generación, en medio de las cuales saboreaba las alegrías de la fecundidad. Algo que ella se satisfacía en la postura de las gallinas; llevaba sus conejas al macho, con risas de hermosa joven joven tranquila; y experimentaba dichas de mujer en cinta al ordeñar su cabra. No podía darse nada más sano. Henchíase con toda inocencia de la fragancia, del calor de la vida. Ninguna depravada curiosidad la impulsaba a aquellos cuidados de la reproducción, en presencia de los gallos arrastrando las alas, de las hembras de parto, del macho cabrío emponzoñando el reducido establo. Conservaba su tranquilidad de hermosa bestia, su diáfano mirar, desprovisto de pensamientos, dichosa con ver multiplicarse su pequeño mundo, sintiendo un engrandecimiento de su propio cuerpo, fecundada, identificada hasta tal punto con todas aquellas madres, que ella se consideraba como la madre común, la madre natural, dejando caer de sus dedos, sin un sólo estremecimiento, un sudor de procreación.

Desde que Deseada se hallaba en los Artaud, pasaba sus días en pleno arrobamiento. Satisfacía por último el sueño de su existencia, el único que la hubiese atormentado, en medio de su puerilidad de débil de espíritu. Poseía un corral, un agujero

que se entregaba, en donde podía hacer multiplicarse los animales a su guisa. Desde entonces, enterróse allí, construyendo por sí misma las madrigueras para los conejos, cavando las pozas para los patos, clavando clavos, llevando paja, sin consentir que nadie la ayudara. La Teuse quedaba en paz con lavarla. El corral se encontraba situado detrás del cementerio; con frecuencia Deseada tenía que recoger, en medio de las sepulturas, alguna gallina curiosa, que había saltado por encima de la pared. En el fondo veíase un cobertizo en donde se hallaban la conejera y el gallinero; a la derecha estaba la cabra en una pequeña cuadra. Por lo demás todos los animales vivían juntos, los conejos con las gallinas, la cabra tomaba baños de pies en medio de los patos; los gansos, las pavas, las pintadas y las palomas fraternizaban en compañía de tres gatos. Cuando Deseada se dejaba ver en la valla de madera que impedía que todos aquellos animales penetrasen en la iglesia, un estrépito ensordecedor la saludaba.

—¡Eh! ¿Los oyes?—dijo a su hermano desde la puerta del comedor.

Mas cuando le hubo hecho entrar, cerrando la valla tras ellos, se vió tan violentamente asaltada, que casi desapareció. Los patos y los gansos, castañeteando con el pico, le tiraban de las sayas; las golosas gallinas le saltaban a las manos, que picoteaban reciamente; los conejos se le escondían bajo los pies, dando saltos que le llegaban hasta las rodillas; mientras que los tres gatos le saltaban a los hombros y balaba la cabra, en el fondo del sotechado, por no poder unirse a ella.

—¡Dejadme de una vez, animales!—gritaba con su sonora risa y engreída por el roce de aquellas plumas, de aquellas patas y de aquellos picos.

Mas nada hacía para librarse de ellos. Como decía, se había dejado comer; tan dulce le era sentir toda aquella vida abalanzarse a ella, transmitiendo un templado calor de plumón. Uno de los gatos se

obstinó en quedarse sobre los hombros.

—Es Mumú—dijo.—Sus patas son como de terciopelo.

Después, rebotando orgullo, fué enseñando el corral a su hermano, y agregaba:

—Ya ves lo limpio que está todo.

El corral, efectivamente, estaba barrido, lavado y raído. Pero de aquellas aguas sucias removidas, de aquel estiércol levantado con la horquilla, se exhalaba un olor tan penetrante y tan ágrío, que el padre Mouret sintióse oprimida la garganta. El estiércol se alzaba contra la pared del cementerio en un montón enorme que humeaba.

—¡Eh, qué montón!—repuso Deseada, llevando a su hermano hacia el vapor acre.—Todo lo he puesto yo allí, nadie me ha ayudado. Anda, no es nada sucio; al contrario, limpio; mira mis brazos.

Y los extendía, habiéndolos sencillamente mojado en el fondo de un cubo de agua, brazos dignos de una reina, de soberbia redondez, brotados como rosas blancas y hermosas en aquel estercolero.

—Sí, sí—murmuró el sacerdote,—has trabajado de lo lindo. Ahora está muy bonito.

Se dirigía hacia la valla; mas ella le contuvo.

—Espera, que lo vas a ver todo. Tú no sospechas...

Y se lo llevó debajo del cobertizo, delante de la conejera.

—Los hay chiquitines en todos los compartimientos—dijo palmeando de entusiasmo.

Entonces le explicó extensamente todas las camadas. Fué menester que el padre se pusiese en cuclillas y que aplicase la nariz al enrejado, mientras que su hermana le daba detalles tan minuciosos. Las madres, con sus grandes orejas, les miraban de soslayo, anhelantes y sobrecogidas de miedo. Después en un cajón veíase un agujero lleno de pelusa, en cuyo fondo bullía un montón viviente, una masa negruzca, borrosa, que se movía como si fuese un solo cuerpo. Al lado, los pequeñuelos se

atrevían a acercarse al borde del agujero, exhibiendo cabezas enormes. Más allá, los había ya más fuertes, asemejándose a ratoncillos, huroneando, saltando, con el trasero al aire, manchado con blanco ruedo en la cola. Aquellos tenían las juguetonas gracias de los niños pequeñines, dando la vuelta a los cajones al galope, los blancos con ojos de rubí claro, los negros con relucientes ojos como el azabache. Y un pánico tras otro les hacía huir bruscamente, descubriendo a cada salto sus delgadas patas, enrojecidas por la orina. Y volvían a formar un sólo montón, tan estrechamente, que no se veían las cabezas.

—Eres tú quien les da miedo—decía Deseada.—En cuanto a mí, muy bien que me conocen.

Les llamaba y sacaba del bolsillo alguna corteza de pan. Los pequeñuelos se tranquilizaban, se acercaban uno a uno, de soslayo, con la nariz fruncida y poniéndose en pie contra el enrejado. Deseada les dejaba allí, un instante, para enseñar a su hermano el rojizo vello de sus vientres. Luego daba la corteza al más osado. Entonces toda la banda acudía, se escurría, se estrechaba, sin pelearse; a veces tres pequeñuelos mordían la misma corteza y otros huían y se volvían de cara a la pared para comer con tranquilidad; al paso que las madres, en el fondo, continuaban bufando, desconfiando y rechazando las cortezas.

—¡Ah! ¡Gluttones!—exclamaba Deseada.—¡Así se estarían comiendo hasta mañana por la mañana! Por la noche se les oye roer las hojas olvidadas.

El sacerdote se había levantado, mas ella no se cansaba de sonreír a la gente menuda.

—Mira, aquel grueso, que está allá abajo, aquel blanco del todo, con sus orejas negras... Pues bien, se pirra por las amapolas, y muy bien que sabe escogerlas entre las demás hierbas... Días pasados tuvo un cólico, lo que le hacía sostenerse sobre sus patas traseras. Entonces le cogí y lo mantuve abri-

gado en el bolsillo. Desde entonces está hecho un buen mozo.

Y metía los dedos por los huecos del enrejado y les acariciaba el lomo.

—Diríase que son de raso—proseguía.—Están vestidos como unos príncipes. ¡Y no tienen poca coquetería! Mira, allí tienes uno que pasa la vida lavándose, con ayuda de sus patas... ¡Si supieras qué pícaros son! Yo nada digo, pero bien que me percató de sus malicias. Sin ir más lejos, aquel gris que nos está mirando, no podía ver a una hembrilla que he tenido que poner a parte. Ha habido entre ellos lances terribles. Sería muy largo de contar. En fin, la última vez que le dió una zurra, al acercarme furiosa, ¿qué fué lo que vi? Pues vi a aquel pillastrón, hundido en el fondo, que parecía dar las boqueadas. Quería hacerme creer que era él quien tenía que quejarse de ella.

Se interrumpió; y luego, dirigiéndose al conejo:

—Ya puedes escucharme, que no eres más que un bribón.

Y volviéndose hacia su hermano:

—Entiende cuanto digo—murmuró guiñando los ojos.

El padre Mouret no pudo aguantar más, en medio del calor que se alzaba de las crías. La vida, bullendo bajo el pelo arrancado del vientre de las madres, despedía efluvios tan penetrantes, que llevaban un trastorno a sus sienes. Deseada, como embriagada poco a poco, se regocijaba más aún, más rosada, más firme en todo su ser.

—¡Pero si nada te llama!—exclamó.—Siempre parece que te quieres escapar... ¡Y mis pollitos! Han nacido esta noche.

Tomó arroz y echó un puñado delante de ella. La gallina, con cacareos de llamada, se adelantó gravemente, seguida de toda la banda de polluelos, que piaban y corrían locamente de acá para allá como pájaros perdidos; pero luego, cuando se

encontraron en medio de los granos de arroz, la madre dió furiosos picotazos, echando a un lado los granos que partía, mientras que los pequeñuelos picaban delante de ella, deprisa y corriendo. Eran una preciosidad, sin plumas apenas, con sus cabecitas redondas, con los ojos vivarachos como puntas de acero, con el pico tan picaresco, y con el vello compuesto por manera tan graciosa, que se asemejaban a juguetes de a dos sueldos. Deseada, al verles, reía de satisfacción.

—¡Qué monada!—balbuceaba.

Tomó dos, uno en cada mano, y los cubrió de besos. Y el sacerdote tuvo que mirarlos por todas partes, mientras que ella decía tranquilamente:

—No es cosa fácil distinguir los gallos. Por mi parte, yo no me equivooco nunca... Esta es una gallina, y estotra es también otra gallina.

Los puso otra vez en el suelo. Pero los otros acudían para comerse el arroz. Un gran gallo de flamantes plumas, iba en pos de ellas, levantando sus anchas patas, con circumspecta gravedad.

—Alejandro se ensobérbese,—decía el cura para complacer a su hermana.

El gallo se llamaba Alejandro. Miraba a la joven con sus ojos de ascua, con la cabeza ladeada y la cola extendida. Después fué a colocarse al borde de sus faldas.

—Me quiere mucho—dijo.—Yo sola puedo tocarlo... Es un gallo excelente; tiene catorce gallinas y nunca encuentro un huevo hueco en las echaduras... ¿No es verdad, Alejandro?

Habíase puesto en cuclillas, y el gallo no se mostró esquivo con sus caricias. Parecía que una ola de sangre encendía su cresta. Con las alas batientes, extendido el cuello, lanzó un prolongado canto, que sonó como emitido por tubo de bronce. Cantó cuatro veces seguidas, mientras que todos los gallos de los Artaud contestaban a lo lejos. Deseada se regocijó en gran manera ante el espantado semblante de su hermano.

—¡Eh! parece que te deja sordo—dijo.—Tiene una garganta de lo que no se ve... Pero te aseguro que no es malo... Las gallinas sí que lo son. ¿Te acuerdas de aquella gran pintada, la que ponía los huevos pajizos? Anteayer se desolló una pata. Cuando las demás vieron la sangre, se volvieron como locas. Todas la seguían, le picaban, se le bebían la sangre, tanto y tan bien, que a la noche ya se le habían comido la pata. Encontréla, con la cabeza tras de una piedra, como atontada, sin decir esta boca es mía y dejándose devorar.

La voracidad de las gallinas la dejaba risueña. Otras crueldades refirió por modo placentero; pequeños pollitos con el trasero destrozado, con las entrañas vaciadas, de los cuales tan sólo había encontrado el cuello y las alas; una camada de gatitos devorada en la cuadra en pocas horas.

—Les darías un cristiano—prosiguió—y no por eso dejarían de salirse con la suya... ¡Y cada vez peores! Viven perfectamente con un miembro roto. Por más que tengan llagas, agujeros en el cuerpo, en que cabría el puño, no por eso dejan de tragarse su pitanza. Por eso es por lo que las quiero; reponen su carne en dos días, su cuerpo se mantiene a la continua caliente, como si tuviesen provisión de sol bajo las plumas... Siempre que quiero regalarlas les hago pedacitos de carne cruda. ¿Pues y los gusanos? Vas a ver cómo les gustan.

Corrió al montón de estiércol y encontró un gusano que cogió sin asco. Las gallinas se le lanzaban a las manos; mas ella, teniéndolo muy en alto, gozaba con su glotonería. Por último abrió los dedos; las gallinas se empujaron, se bajaron, luego una de ellas se escapó, perseguida por las otras, con el gusano en el pico. Y así fué cogido, perdido, vuelto a coger, hasta que una gallina, dando un gran picotazo, se lo tragó, sin más ni más. Entonces todas se pararon en seco, con el cuello torcido reluciente el ojo, esperando otro gusano. Deseada, contenta por demás, llamábalas por sus nom-

bres y les dirigía amistosas palabras; mientras que el padre Mouret retrocedía algunos pasos, en presencia de aquella intensidad de vida voraz.

—No, no me siento sereno—dijo a su hermana, que quería hacerle sopesar una gallina que estaba cebando.—Me siento inquieto siempre que toco animales vivos.

Y trataba de sonreír, pero Deseada le trató de cobarde.

—¡Pues bien! ¿Y mis patos, y mis gansos y mis pavas? ¿Qué harías si tuvieses que cuidar de todo eso? ¡Los patos sí que son unos puercos! ¿Les oyes castañetear el pico dentro del agua? Cuando se zambullen, tan sólo se les ve la cola, recta como una quilla... Ni los gansos, ni tampoco las pavas, son fáciles de gobernar. ¡Ah! qué divertido resulta cuando van andando, las más del todo blancas, las otras enteramente negras, con sus grandes cuellos. Tomaríaselas por señoras y caballeros... No te aconsejaría que les presentases un dedo. Se lo tragarían lindamente de un bocado. Pero a mí ya ves que me los besan.

Y se sintió con la palabra cortada al oír un alegre balido de la cabra, que acababa por último de forzar la puerta mal cerrada de la cuadra. En dos brincos, el animal se encontró junto a ella, doblando sus patas delanteras y acariciándola con los cuernos. Al cura le pareció que tenía risa de demonio, con su perilla puntiaguda y sus ojos abiertos al sesgo. Pero Deseada la cogió por el cuello y le besó la cabeza, jugando a correr y hablándole de ordeñarla. Cuando tenía sed, en el establo, tendíase y saboreaba la leche de la cabra.

—Mira, están llenas de leche—agregaba levantando las enormes ubres del animal.

El padre movió los párpados como si se le hubiese enseñado alguna obscenidad. Hacía memoria de haber visto, en el claustro de Saint-Saturnin, en

Plassans, una cabra de piedra decorando una gárgola, fornicando con un fraile. Las cabras, apestando a macho cabrío, teniendo caprichos y testarudeces de muchachas, ofreciendo sus colgantes pechos al primero que llegaba, habían quedado siendo para él criaturas infernales, sudando lubricidad. Su hermana no había logrado obtener una, sino tras de muchas semanas de súplicas. Y él, cuando llegaba, evitaba el roce de los largos y sedosos pelos del animal, y defendía la sotana de la aproximación de sus cuernos.

—Anda, voy a devolverte la libertad—dijo Deseada, quien se percató de su creciente malestar.—Pero antes tengo que enseñarte algo... ¿Me das palabra de no reñirme? No te he hablado de ello, porque no lo habrías consentido... ¡Si supieses lo contenta que estoy!

Y se mostraba suplicante, juntaba las manos y apoyaba la cabeza en el hombro de su hermano.

—Otra nueva locura—murmuró éste, quien no pudo por menos de sonreír.

—¿No me reñirás?—repuso ella con los ojos brillantes de alegría.—¿No te enfadarás?... ¡Es tan bonito!

Y echando a correr, abrió una puerta baja en el sotechado. Un marranillo se puso de un salto en el corral.

—¡Oh, qué querubín!—exclamó con profundo éxtasis, al verle escapar.

El cordillo era una preciosidad, de color de rosa, con el hocico reluciente por las grasientas aguas, con el círculo de grasa que el continuo buscar en la artesa le dejaba junto a los ojos. Púsose a trotar, zarandeando a las gallinas, corriendo para comerse lo que se les echaba y llenando el estrecho patio con sus bruscos rodeos. Las orejas le azotaban los ojos y el hocico roncaba por el suelo; con sus delgadas patas, asemejábase a un animal con ruedecillas. Y por detrás, parecíase su rabo al trozo de bramante que servía para atarle.

—¡No quiero aquí este animal!—exclamó el sacerdote muy contrariado.

—Sergio, mi buen Sergio—suplicó nuevamente Deseada,—no seas malo... Mira qué inocente es, el pobrecillo. Yo lo lavaré y lo tendré limpiísimo. Es la Teuse quien se lo ha hecho dar para mí. Ahora no se le puede devolver... Ve, te mira y te oye. No tengas miedo, no te comerá.

Y se interrumpió, pasto de loca alegría. El cochinito acababa de meterse entre las patas de la cabra a la que había tumbado. Y continuó su carrera, gruñendo, revolcándose y sembrando el espanto en todo el corral. Deseada, para calmarle, le tuvo que dar una cazuela de agua de fregar. Entonces hundió el hocico en ella hasta las orejas; chapoteando y gruñendo, mientras que su rosada piel se estremecía ligeramente. Su rabo, descaecido, le colgaba.

El padre Mouret experimentó un último asco al oír remover aquella agua sucia. Desde que se hallaba allí, habíase apoderado de él una especie de sofocación, ráfagas de calor quemábanle las manos y le ascendían al pecho, al semblante. Poco a poco la cabeza se le iba trastornando. Ahora, en un mismo aliento pestilencial, sentía la fétida tibieza de los conejos y de la volatería, el lúbrico olor de la cabra y el tan repugnante del cerdo. Era como un ambiente rebotante de fecundación, que pesaba demasiado rudamente sobre sus hombros vírgenes. Parecíale que Deseada había crecido, con desarrollo de caderas, agitando brazos enormes y barriendo con las sayas, a ras del suelo, aquel hedor penetrante en medio del cual él se desvanecía. Apenas tuvo tiempo para abrir la verja de madera. Se le adherían los pies en aquel suelo húmedo todavía de estiércol, en tal manera que se creyó detenido por un abrazo de la tierra. Y el recuerdo del Paradou le acudió súbitamente a la memoria, con sus enormes árboles, sus negras sombras, sus potentes olores, sin ser parte a poderse defender.

—Ahora estás muy colorado — dijo Deseada uniéndose a él al otro lado de la barrera.—¿No estás contento por haberlo visto todo? ¿Les oyes gritar?

Los animales, al verla alejarse, se empujaban contra los enrejados, lanzando gritos dolorosos. El marranillo, sobre todo, dejaba oír un prolongado gemido de sierra que están afilando. Pero ella les hacía sus saludos y les mandaba besos en la punta de los dedos y riéndose al verles todos allí, en montón como enamorados de su persona. Luego acercándose más a su hermano, le acompañó al jardín.

—Yo querría una vaca—le dijo al oído poniéndose como una amapola.

El la miró y se negó con un ademán.

—No, no, ahora no—repuso Deseada vivamente.

—Más adelante te volveré a hablar. Habría sitio en la cuadra. Una hermosa vaca blanca, con manchas rojas. Ya verías qué buena leche tendríamos. Una cabra acaba por ser una cosa sobrado pequeña... ¡Y cuando la vaca tuviese un ternerillo!

Y brincaba y palmoteaba, en tanto que el cura parecía que encontraba en ella el corral que se había llevado en sus faldas. Y por eso la dejó en el fondo del jardín, sentada en el suelo, en pleno sol, ante una colmena, cuyas abejas zumbaban, como granos de oro, a lo largo de su cuello, de sus desnudos brazos y de sus cabellos, sin clavarle su aguijón.

XII

El Hermano Archangias comía en la rectoría todos los jueves. Llegaba desde muy temprano, por regla general, para hablar de la parroquia. Era él quien, de tres meses a aquella parte, tenía al cura al corriente y le informaba de cuanto acaecía en el valle. Aquel jueves, en espera de que la Teuse les llamara, fueron a pasearse poquito a poco por delante de la iglesia. El sacerdote, cuando hubo contado su entrevista con Bambousse, se vió sorprendidísimo al oír al Hermano que encontraba natural la contestación del campesino.

—La razón le sobra a ese hombre—decía el ignorantón.—No se da la hacienda de uno así como así. La tal Rosalía no vale gran cosa; mas siempre es cosa dura el entregar su hija a un descamisado.

—No obstante—repuso el padre Mouret,—el matrimonio es lo único que puede hacer cesar el escándalo.

El Hermano encogió sus robustos hombros y soltó una risa inquietante.

—¡Si creerá usted que va a curar al país con este matrimonio!... Antes de dos años, Catalina estará en cinta; luego vendrán las demás y todas pasarán por lo mismo. Desde el punto y hora que se las casa, se mofan del mundo entero. Estos Artaud brotan en la bastardía como en su estercolero